

cidad, creo por influencia de Chabot, pues nadie sino un capuchino puede tener semejantes ideas.»

Aquí tuvo que interrumpir su carta para comparecer ante el tribunal. Al regresar de aquel sitio terrible, la continuó con la misma calma y sangre fría en estos términos. «Esos señores del jurado me han ofrecido enviarle á Vd. mi carta, y así prosigo:

«He sufrido un prolongado interrogatorio, que le ruego á Vd. se procure, si es que se da al público. Cuando fui arrestada, tenia sobre mí una proclama dirigida á los amigos de la paz, la que me es imposible enviar á Vd.; pediré que se publique, aunque creo será en vano.

«Ayer me ocurrió la idea de regalar mi retrato al departamento del Calvados; pero no habiéndome contestado el comité de salud pública á quien se lo pedí, ahora es ya demasiado tarde.

«Si algunos amigos solicitan ver la presente carta, estimaré á Vd. no la oculte á ningun. Como es costumbre tener un defensor, he elegido al que lo ha de ser mio en la Montaña, y es Gustavo Doulcet de Pontécoulant; sospecho que no aceptará, sin embargo de que tendria poco que hacer; en este caso pediré á Robespierre ó á Chabot. — Solicitaré que se me deje disponer del dinero que me queda, y quiero ofrecerlo á las esposas é hijos de los valientes habitantes de Caen que han salido para libertar á Paris. Es muy extraño que el populacho me haya dejado llevar desde la Abadía hasta la Consergeria, en lo que ha dado una nueva prueba de su moderacion. Explíquesele Vd. á los valientes habitantes de Caen, los cuales á veces se permiten algunas pequeñas insurrecciones que no es tan fácil contener.

«Mañana á las ocho he de ser juzgada, y probablemente á mediodía ya habré vivido, como decian los romanos. Preciso será dar crédito al valor de los habitantes del Calvados, puesto que sus mugeres son susceptibles de alguna firmeza. Sin embargo, no sé como me hallaré en los últimos momentos de mi vida, y hasta el fin no está coronada la obra. Ninguna necesidad tengo de fingir insensibilidad sobre mi suerte, pues hasta ahora no he tenido el mas leve temor de morir; jamas apre-

ciaré la vida sino por la utilidad que podia producir. Espero que mañana serán puestos en libertad Duperret y Fauchet: suponen que este último me acompañó á una tribuna de la convencion. ¿Y es cierto que se ocupa en acompañar allí mugeres? Como diputado no debia hallarse con mugeres: sírvale esto de correccion. Pero, en cuanto á Duperret, de nada debe acusarle la conciencia.—A Marat no se le llevará al Panteon, á pesar de que bien lo merecia; encárgole á Vd. que recoja los documentos necesarios para hacerle una oracion fúnebre. Voy á escribir cuatro palabras á papá, sin cuidarme de hacerlo á los demas amigos, á quienes solo les pido un pronto olvido, porque su afliccion deshonoraria mi memoria. Diga Vd. al general Wimpfen que creo haberle ayudado á ganar mas de una batalla proporcionándole la paz.

«Adios, ciudadano. Recomiéndome á la memoria de los amigos de la paz. — Los presos de la Consergeria, en vez de injuriarme como las gentes de las calles, manifestaban tenerme compasion: la desgracia hace á los hombres compasivos. Esta es otra postrer reflexion.»

Esta carta lleva la fecha de las cárceles de la Abadía, en el que fué cuarto de Brissot, *el segundo dia de la preparacion de la paz.*

Hé aquí por cierto una jóven digna de admiracion. Al ver la soltura de su estilo, su buen humor y su ironía, y al mismo tiempo tanta riqueza de ideas y tanta generosidad de alma, no diria cualquiera que se trata del suplicio y de la muerte de otra persona y no de sí misma? No se sabe de hombre alguno que haya igualado lo grande y natural de su valor.

Como acabamos de ver, recomiéndase Carlota á la memoria de los amigos de la paz, y se le encontró encima una proclama dirigida á ellos. Mr. Harmand, diputado del Mosa, cuenta sobre el particular una anecdota cuya veracidad asegura como testigo ocular. Cuando quedó terminado el interrogatorio de Carlota, Chabot que estaba junto á ella, la miraba con suma desverguenza, y percibió en su pecho un papel doblado; hizo un ademan para quitárselo, y ella, que al parecer no se acordaba de aquel billete, atribuyendo á Chabot otra intencion muy distinta, hizo un movimiento de espanto

elevando sobre él su vista azorada, y se retiró con tal violencia hácia atrás para evitar el ultraje con que creía amenza su pudor, que soltándosele los alfileres de su pañoleta y rompiéndosele los cordones de la parte superior de su vestido, quedóle el pecho al descubierto: mas fué tan veloz en abajarse para ocultar sus gracias á las miradas profanas, como lo habia sido para apartarse del impuro Chabot. Sin embargo, ¡algo se viera! Empero era tan casto todo su continente, rayaban á impulsos de su modestia dolorida y de su despecho con ardor tan puro sus centellantes ojos, que quedó consumido, segun la espresion de un poeta, todo lo terrenal de sus deseos, y á ninguno de los presentes, por cínico que fuera, le ocurrió proferir la mas leve indirecta ni hacer el menor gesto que pudiéra aumentar su confusion. Tenia atadas las manos, y pidió que se las soltáran para componerse. Como no habia allí muger alguna ¡qué avergonzada debió quedar ante el que se las desató! En cuanto estuvo suelta, volvióse de cara á la pared, y en un instante remedió su descompostura. Añade el narrador que las gracias que tuvo la mala suerte de enseñar eran dignas de los cinceles de Zeuxis ó Praxiteles.

Chabot leyó el papel. Luego, aprovechando el momento en que tenia las manos libres, le propusieron que firmase el interrogatorio, á cuyo efecto se lo volvieron á leer. Despues de la lectura, recapituló un sinnúmero de artículos en que desechó muchas espresiones que se habian sustituido á las que ella profirió; recorrió de memoria todas las preguntas y respuestas unas tras otras, haciendo varias observaciones, y pidió que se pusieran las palabras tales como habian sido dichas, para que no pudiese alterarse el sentido de sus respuestas. Todo lo que tildó se vió que era singularmente exacto, lo que prueba que por largo que hubiese sido el interrogatorio, habia quedado grabado en su memoria del principio al fin y palabra por palabra.

Cuando se trató de volverle á sujetar las manos, enseñó á sus verdugos las impresiones que dejaron en ellas los cordones, por lo mucho que se los habian apretado, diciendo: «Si les fuese á Vds. indiferente el no hacerme padecer antes de mo-

rir, les rogaria que me permitiesen correrme las mangas ó ponerme guantes.» Y se le permitieron ambas cosas.

Refiérese que cuando se le quitó el dinero y las joyas que llevaba, el ex-capuchino Chabot trataba de quedarse con su reloj, y ella le dijo: «Déjeme Vd. ¿Ha olvidado Vd. que los capuchinos hacen voto de pobreza?»

Hé aquí el análisis de su interrogatorio: *Pregunta.* Es verdad que Vd. se introdujo en casa del ciudadano Marat, en ocasion en que este se hallaba en el baño, y que Vd. asesinó al dicho Marat con el cuchillo que le presentamos? *Respuesta.* Sí, conozco el cuchillo.—¿Qué motivo ha inducido á Vd. á cometer este asesinato?—Habiendo visto que la guerra civil iba á estenderse á toda la Francia, y persuadida que Marat era el principal autor de las desgracias, he querido hacer el sacrificio de mi vida para salvar á mi patria.—No nos parece probable que V. haya concebido este plan execrable de su espontánea voluntad. Designe Vd. las personas que la han inducido á ello y las que Vd. visita con mas frecuencia en la ciudad de Caen.—No he comunicado mi plan á viviente alguno. Ya hace algun tiempo que tenia el pasaporte con que vine á Paris. Cuando el martes salí de Caen, al despedirme de una parienta anciana en cuya casa vivia, dije que iba á ver á mi padre. Poquísimas personas se tratan con esta parienta, y ninguna ha tenido noticia de mi proyecto.—Insiguiendo la precedente respuesta de Vd., hay lugar para creer que Vd. no salió de la ciudad de Caen sino para venir á cometer este asesinato.—Así es la verdad: yo llevaba este proyecto, y no hubiera salido de Caen sin la intencion de efectuarlo.—¿Donde se ha procurado Vd. el cuchillo para cometer el homicidio? ¿Con qué personas se ha visto Vd. desde que se halla en Paris? ¿En qué se ha ocupado Vd. desde el jueves que Vd. llegó?—El cuchillo lo he comprado esta mañana á las ocho en el Palacio-Real. No conozco á persona alguna en Paris, donde jamas habia estado. Llegué el jueves hácia el mediodía, metíme en la cama, y no salí hasta el viernes por la mañana para ir á dar un paseo por la plaza de las Victorias y el Palacio-Real. Por la tarde no salí, y me puse á escribir varios papeles que

me hallarán Vds. encima. Esta mañana he salido, he ido hacia el Palacio-Real sobre las siete y media ó las ocho, he comprado el cuchillo, y he tomado un coche en la plaza de las Victorias para hacerme conducir á casa del ciudadano Marat, donde no he podido entrar. Vuelta entonces á mi alojamiento, me he resuelto á escribirle por la estafeta con el falso pretexto de pedirle una audiencia. Hacia las siete y media de la tarde he vuelto á tomar otro coche, y me he dirigido otra vez á la casa de Marat para saber la respuesta á mi carta; y temiendo otra negativa, llevaba guardada otra carta en mi cartera, que me proponia hacerle entregar. Como se me dió entrada, no he hecho uso de ella. — ¿Dé qué modo ha podido Vd. llegar esta vez á ver al ciudadano Marat, y en qué ocasion ha cometido Vd. el crimen sobre su persona? — Unas mugeres me han abierto la puerta, y habiéndome negado la entrada para avistarme con Marat, este me ha oido insistir, y me ha mandado que se me introdujese junto á su baño. Me ha hecho varias preguntas acerca de los diputados que residen en Caen, sus nombres y los de los concejales; se los he nombrado, y habiendo dicho Marat que no tardarian en ser guillotinado, he sacado el cuchillo que llevaba en el pecho y le he herido dentro del baño. — ¿Después de haber cometido este crimen, no ha tratado Vd. de escaparse? — Me hubiera escapado por la puerta si no me lo hubiesen impedido. — Tenemos motivo para creer que Vd. nos engaña diciendo que nadie sabia el proyecto, vista la cantidad de dinero que Vd. tiene, particularmente en una jóven de su edad. — Este dinero es en parte del que yo poseia; y he tomado estos cincuenta escudos para suplir á la corta cantidad de asignados que tenia, por no haber de pedir á nadie cosa alguna. — ¿Es Vd. soltera? — Sí. — ¿Esta mañana no ha estado Vd. en Santa Pelagia ú otra cárcel de esta ciudad? — No; y hasta ignoro donde se hallan estas cárceles.

Llegó por fin el día terrible en que debia comparecer ante el tribunal revolucionario (17 de julio). Escriben varios biógrafos que antes de subir dijo al portero: «Señor Richard, tenga Vd. la bondad de cuidar que esté preparado el café

con leche cuando baje de allí. Sin duda esos señores llevan prisa, y quiero desayunarme por última vez con madama Richard y Vd.» Montaner estaba de presidente, y hay quien supone que tenia intencion de salvarla. Fouquier Thinville desempeñaba las funciones de fiscal. «Vano seria el empeño, dice Mr. Chauveau-Lagarde, de querer dar una justa idea del efecto que produjo su presencia en los jurados, los jueces y la inmensa multitud de pueblo que atestaba el recinto del local. No parecia sino que ella era el juez que los habia llamado á todos ante su tribunal. Ningun pintor ha reproducido fielmente el símil de esa jóven extraordinaria. Posible hubiera sido dar un trasunto de sus facciones, pero no de su alma grande, que respiraba toda en su fisonomía; podianse transmitir sus palabras, pero no el acento de su voz casi infantil, que ni un instante discrepaba de la sencillez de su exterior y la imperturbable serenidad de su rostro.»

Cuando la hubieron acompañado al tribunal y héchola sentar en el banco de los reos, habiéndole interrogado el presidente, después de las primeras preguntas de costumbre, si tenia defensor, respondió que habia escogido á un amigo, pero como desde entonces no habia oido hablar de él, juzgaba que no habria tenido valor para aceptar su defensa (Mr. Doulcet de Pontécoulant). Entonces, viendo el presidente á Mr. Chauveau-Lagarde en el salon, donde se hallaba casualmente para otros asuntos, dijo á la acusada: El tribunal nombra de oficio para defensor suyo á Mr. Chauveau-Lagarde. — Este fué á colocarse á su lado. — Como ella no le conocia, dirigióle algunas miradas inquietas, como para manifestar el temor de que se propusiese justificarla de un modo que ella hubiera desmentido. — Dióse al instante principio al litigio. El primer testigo que se oyó fué la Eyraud, la que esplicó con bastante fidelidad lo que habia ocurrido cuando la primera tentativa que hizo la acusada para penetrar en la casa de Marat, el 13 de julio por la mañana; iba á entrar en los pormenores del atentado de la tarde, cuando Carlota la interrumpió diciendo: «¿A qué viene esto? yo soy la que le he muerto. — El presidente. ¿Quién la indujo á Vd. á cometer este asesinato? — Sus crímenes. — ¿Qué en-

tiende Vd. por sus crímenes? — Las desgracias que ocasionó desde el principio de la revolucion. — ¿Quiénes son los que la indujeron á Vd. á cometer el asesinato? — Nadie; yo por mí sola he concebido esta idea.»

Presentóse en seguida el factor Lorenzo Basse, el cual dijo que hallándose ocupado en plegar los números del Diario de Marat, oyó sus gritos: Socorro, querida amiga, socorro! y corrió á su ayuda. Y para que la acusada no pudiese evadirse le obstruyó el paso con sillas, y además le dió un silleta-zo en la cabeza.

*Carlota.* Cierta es el hecho.

*Juana Maréchal*, cocinera, declara, que habiendo corrido hácia Marat, le halló con los ojos abiertos, meneando la lengua y sin proferir palabra alguna. — *Carlota.* Cierta es el hecho.

*Maria Bárbara Aubin*, portera de la casa, dijo, que habiendo acudido á las voces, vió á Marat cuya sangre le saltaba del pecho á borbotones, y que espantada con aquello se puso á gritar con toda su fuerza: ¡La guardia! socorro!

*Carlota.* La declaracion es de la mayor exactitud.

Otro testigo empleado en la alcaldía (*mairie*) declara, que el viernes último, hácia las seis de la tarde, vió llegar á la acusada á la alcaldía, y le pidió si podria hablar con Pache. A lo que le respondió, señalándole la escalera, suba Vd.

*Carlota.* Esto es falso; ignoro donde se halla la alcaldía.

La señora Graulier, ama de la fonda en que habia ido á parar la acusada, refirió lo que habia ocurrido en su casa, donde fué á buscarla Lauze Duperret; el paseo que hizo Carlota al Palacio-Real, y las preguntas que ella, la señora Graulier, le hizo relativamente á Caen y la insurreccion. Preguntóle si era verdad que se dirigia sobre Paris una fuerza armada, á lo que contestó Carlota riendo: «Yo me hallaba en la plaza de Caen el dia en que tocaron generala para venir á Paris, y ni siquiera habia treinta personas.»

*El Presidente.* Porqué dijo Vd. esto á su huésped? — Para disfrazarle mis sentimientos y no hacerme sospechosa; pues habia mas de treinta mil hombres. — ¿En qué estado se halla ahora la ciudad de Caen? — Hay un comité central de

todos los departamentos que han entrado en el plan de marchar contra Paris. — ¿Qué hacen los diputados fugitivos? — No se meten en cosa alguna, y esperan que cese la anarquía para volver á sus puestos. — ¿Qué diputados vió Vd. allí? — La Rivière, Kervelegan, Guadet, Lanjuinais, Péthion, Barbaroja, Buzot, Valady y otros muchos. — Cuando emprendió Vd. el viage, ¿sabia Barbaroja el objeto que Vd. llevaba? — No. — ¿Quien le dijo á Vd. que en Paris reinaba la anarquía? — Lo sabia por medio de los diarios. — ¿Qué diarios leia Vd.? — *Perlet*, el *Correo Francés*, y el *Correo Universal*. — ¿No leia Vd. tambien el diario de Gorsas y el que fué conocido con el título de *Patriota Francés*? — Sí, algunas veces leia esta clase de diarios. — ¿Tenia Vd. relaciones de amistad con los diputados retirados en Caen? — No; pero hablaba con todos ellos. — ¿Donde están alojados? — En la Intendencia. — ¿En que se ocupan? — En hacer canciones y proclamas para llamar al pueblo á la union. — ¿Qué dijeron en Caen para disculpar su fuga? — Dijeron que se veian vejados por los tribunales. — ¿Y que dicen de Robespierre y de Danton? — Los miran cual á Marat, como los provocadores de la guerra civil. — ¿No se presentó Vd. en la convencion nacional con el fin de asesinar á Marat? — No. — Quien le dió á Vd. las señas de su casa que se le han encontrado á Vd. en el bolsillo escritas con lápiz? Un cochero. — ¿No seria mas bien Duperret? — No. — ¿Qué personas visitaba Vd. en Caen? — Muy pocas. Conozco al concejal La Rue, y al cura de San Juan. — ¿Cómo se llama este cura? — Duvivier. — Quien era su confesor de Vd. en Caen? un cura juramentado ó no juramentado? — No iba con unos ni con otros. — ¿No tiene Vd. amores con algun diputado tráfugo? — No. — Quien le dió á Vd. el pasaporte con que vino á Paris? — Ya lo tenia tres meses habia. — ¿Qué intenciones llevaba Vd. al matar á Marat? — Hacer que cesasen los disturbios y pasar á Inglaterra, si no me hubiesen detenido. — ¿Habia mucho tiempo que tenia Vd. formado este proyecto? — Desde el hecho del 31 de mayo, en que fueron arrestados los diputados del pueblo. — ¿Asistió Vd. á los conciliábulos de los diputados tráfugos de Caen? — No, nunca. — ¿Con que, esos diarios que Vd. leia le hicieron saber

que Marat era un anarquista? — Sí, sabía que estaba pervertiendo la Francia, y he muerto á un hombre para salvar á cien mil. Además era un monopolista de plata: en Caen detuvieron á un hombre que la compraba por su cuenta. Yo era republicana mucho antes de la Revolución y jamás me ha faltado energía. — ¿Qué entiende Vd. por energía? — El saber orillar el interés particular y sacrificarse por la patria. — ¿Para llevar un golpe tan certero, se ejercitó Vd. de antemano? — ¡Miren el monstruo! ¡me toma por un asesino! — Con todo, está demostrado, según relación de los hombres del arte, que si en vez de dirigir el golpe al través lo hubiese Vd. dirigido á lo largo, no le hubiera Vd. muerto. — Yo herí según me vino; todo ha sido casual. — Jamás había Vd. venido á Paris? — No. — ¿Conoce Vd. las señoras de Caen que el año pasado vinieron á Paris para empeñarse á favor de sus parientes detenidos durante los trastornos ocurridos en esta ciudad? — Conozco á dos, la señora Achard y la señorita Vaillant. — Ha recibido Vd. desde que llegó alguna carta de Caen, ó ha escrito Vd. alguna allá? — No.

Berger, botillero, declara que detuvo á la acusada, y que viendo que deseaba la entregasen al furor del pueblo, la hizo volver á subir en casa de Marat, donde á poco llegó el comisario Dumesnil, que había visto en su pecho la vaina de su cuchillo, y una diatriba en forma de alocución al pueblo francés donde se designaban muchas víctimas.

El Presidente. ¿Qué responde Vd. á esto? — Nada tengo que decir, sino que he logrado mi objeto.

Comparece en seguida el diputado Claudio Fauchet, ex-obispo, quien declara: que jamás ha visto ni conocido á la acusada, y en consecuencia no puede haberla acompañado á una tribuna de la convención. — Carlota. No conozco á Fauchet sino de vista; téngole por hombre sin modales y sin principios, y le desprecio.

Llega el turno á Lauze Duperrét, diputado labrador. Solamente conoce á la acusada del jueves acá. Una hija suya le entregó un paquete diciéndole que una señora desconocida lo había traído para él, y abriéndolo vió que contenía impresos y una carta acompañatoria en que se le recomendaba á la

persona que lo llevaba por necesitar de unos papeles del ministro del interior Garat. Habiendo vuelto dicha señora por la tarde, su hija la ha conocido por ser la misma que algunas horas antes había traído el paquete; y como aquella misma tarde no pudo acompañarla á ver al ministro, etc. (Lo demás conforme queda referido). Afirma no haber estado más que dos veces en casa de la acusada. El mozo de la fonda replica que ha estado tres veces, que él sepa, á saber, dos el viernes y una el sábado. — La acusada. Duperrét no estuvo en mi casa el sábado, porque se lo prohibí espresamente. — El Presidente. ¿Porqué? — Porque no quería que se comprometiese; hasta le había instado para que se marchara á Caen. — ¿Porque le instaba Vd. que tal hiciéramos? — Porque juzgaba que su vida no estaba en seguridad en Paris. — Sin embargo, ya Vd. ve que ha estado muy segura, á pesar de haber cometido tamaño atentado, y tampoco ignora Vd. que á los diputados que se hallan en Caen no se les ha tocado en lo más mínimo. Verdad es; pero lo es también que los que están presos no están aun juzgados. (Observa en esto que uno de los oyentes se ocupa en retratarla, y vuelve la cabeza hácia él.) — ¿Cuántos diputados hay en Caen? — Diez y seis. — ¿Prestó Vd. algun juramento antes de salir de Caen? — No. — ¿Qué dijo Vd. al marcharse? — Dije que iba á dar un paseo en el campo. — ¿No tenía Vd. intención de asesinar al ministro del interior cuando fué Vd. á su casa con Duperrét? — Si hubiese tenido semejante designio, me hubiera abstenido muy bien de ir con Duperrét para que lo presenciara. Yo no quería habérmelas sino con Marat. — ¿Qué personas le han aconsejado á Vd. que cometiese este asesinato? — Jamás hubiera cometido semejante atentado por consejo de otro; yo sola concebí el proyecto y por mí sola lo ejecuté. — Pero ¿como quiere Vd. dar á entender que no fué Vd. aconsejada, siendo así que confiesa que miraba á Marat como causa de todos los males que pesan sobre la Francia, cuando él jamás ha cesado de quitar la máscara á los traidores y conspiradores? — Tan solo en Paris están alucinados con respecto á Marat; pues en los demás departamentos se le mira como un monstruo. — ¿Cómo ha podido Vd. mirar á Marat como un

mónstruo, habiéndole permitido entrar en su casa solo por un acto de humanidad, por haberle Vd. escrito que se veía perseguida? -- ¿Qué me importa que se muestre humano conmigo si es un mónstruo para los demas? -- ¿Y cree Vd. haber muerto á todos los Marats? -- No por cierto.

*El presidente á Duperret.* ¿Qué concepto formó Vd. de la acusada en vista de lo que le dijo? -- No noté en sus discursos mas que el modo de producirse de una buena ciudadana. Me refirió el bien que los diputados están haciendo en Caen y me aconsejó que fuese á unirme con ellos. -- ¿Como pudo Vd. tener por buena ciudadana á una muger que le aconsejaba á Vd. que se fuera á Caen? -- Porque lo consideré como un asunto de opinion.

Entonces pusieron á la vista de la acusada un cuchillo de estuche, que aun estaba manchado de sangre. A su vista apareció en el rostro de Carlota una emocion de horror; volvió la cabeza para no mirarlo, hizo un ademán con la mano como para repelerle, y dijo con voz cortada: «Sí, es el mismo con que he asesinado á Marat.»

Procedióse á la lectura de las dos cartas que habia escrito desde que estaba presa, la una para Barbaroja y la otra para su padre: oyó con calma la primera, sonriéndose tan solo en los pasages mas originales, como al tratarse del capuchino Chabot y de la compañía que le dió para la noche; mas asomaron á sus ojos algunas lágrimas, y pareció un momento agitada por un profundo sentimiento de dolor, cuando oyó leer la carta que habia escrito á su padre. Despues de haber recobrado su habitual serenidad, manifestó al tribunal que el comité de salud pública le habia prometido hacer llegar á manos del interesado la primera carta, á fin que Barbaroja pudiese comunicarla á todos sus amigos; y que por lo que tocaba á la segunda, dejaba á la humanidad del tribunal el cuidado de que fuese entregada á su padre.

El presidente resumió en pocas palabras el juicio. El fiscal hizo su requisitorio y concluyó con la pena capital: cuando estaba deplorando la gran pérdida que acababa de sufrir la Francia en la persona de Marat, y entrando en hacer

su apología, le interrumpió Carlota diciendo: «Ese Marat era un mónstruo;» y luego su defensor tomó lo palabra.

Este ha manifestado posteriormente que cuando se levantó para hablar, oyóse primero en la asamblea un rumor sordo y confuso parecido al estupor, al que siguió un silencio sepulcral que le heló hasta el fondo del corazón. Mientras estaba hablando el fiscal, los jurados le mandaron decir que no tomase la palabra, y el presidente que se limitase á sostener que la acusada estaba loca. Todos deseaban que yo la humillase, añadió; mas por lo que á ella toca, siempre conservó el mismo semblante, mirándome tan solo como para decirme que no queria que la justificase, en lo que ya no podia quedarme duda despues de oido el interrogatorio; á mas de que era de todo punto imposible, porque sin sus confesiones habia la prueba legal de un homicidio con premeditacion. Resuelto en consecuencia á cumplir con mi deber, nada queria decir que mi conciencia y la acusada pudiesen reprobar; y de repente me ocurrió la idea de ceñirme á una mera observacion, que en una junta popular ó de legisladores hubiera podido servir de elemento para una completa defensa, y dije: «La acusada confiesa con sangre fria el horrible atentado que ha cometido; confiesa con sangre fria su larga premeditacion; en una palabra, todo lo confiesa, y ni siquiera trata de justificarse. He aqui, ciudadanos jurados, toda su defensa. Esta calma inalterable y esta abnegacion de sí misma, que ningun remordimiento anuncian en presencia de la misma muerte; esta calma y esta abnegacion, no están en la naturaleza. Tan solo es fácil esplicarlos por la exaltacion del fanatismo político que le puso el puñal en la mano; y dejo á vuestra consideracion, ciudadanos jurados, el juzgar qué peso puede tener esta circunstancia en la balanza de la justicia.»

A medida que el defensor iba hablando de esta suerte, un aire de satisfaccion se traslucia en el rostro de Carlota.

Examináronse los votos del jurado, y se hallaron unánimes por la condena. El presidente le pronunció su decreto de muerte en estos términos: «En vista de la declaracion unánime de los jurados, de la que resulta 1.º que está probado